

ENTREVISTA



**“Ha sido una constante en mi escritura escribir por y para los habitantes de mi comunidad”:
Entrevista a la poeta
Kellys García**

Marisol García Romero
Universidad de Los Andes, Venezuela
profesoramarisolgarcia@gmail.com



¿Cómo citar?
García, M. “Entrevista a la poeta Kellys García”.
Contexto, vol. 28, n.º 30, 2024, pp. 209-215.



**UNIVERSIDAD
DE LOS ANDES**
DR. PEDRO RINCÓN GUTIÉRREZ
TACHIRA VENEZUELA

Kellys García nació en Caracas en 1976. Es indígena de la etnia de los mapoyos o wanai del estado Bolívar. Licenciada en Castellano y Literatura por la Universidad de Los Andes (Táchira), técnico superior en Preescolar por el Instituto de Educación INSPERVI (Táchira), magíster en Literatura Latinoamérica y del Caribe por la Universidad de Los Andes (Táchira), diplomada en Fotografía por la Universidad Experimental del Táchira y diplomada en Acompañamiento Escolar por el Centro Psicosocial (Buenos Aires). Escritora, gestora cultural, promotora de lectura y fotógrafa. Integrante de la Fundación Cultural Púrpura y Trueque de Libros, San Cristóbal. Ha publicado poemas en digital y papel en revistas de México, España, Colombia, Estados Unidos y Venezuela. Ha sido premiada con el primer lugar en poesía del Concurso Literario de Cuentos, Relatos y Poemas “Palabras que Cuentan”, de Buenos Aires (2023). *Wanai* (2022) es su primer libro, publicado por El Taller Blanco Ediciones, en Colombia.

¿Cuál es su razón determinante para escribir?

Poseo la maravillosa fortuna de ser nieta de Petra García, indígena de la etnia los wanai del sur de Venezuela, lugar rodeado de unas grandes montañas de rocas negras brillantes y dos caudalosos ríos como lo son el río Parguaza y el río Suapure. Mi padre, en época de vacaciones escolares, me llevaba a pasar ese periodo en mi comunidad indígena. Allí, durante muchos años, no existió la electricidad ni ninguna conexión con aparatos electrónicos, cuestión que para mí era asombroso y preocupante en principio. Los días se me hacían eternos y las noches tenebrosas bajo la luz de la luna y las estrellas en ese océano de cielo; situación que empecé a valorar muchos años después, porque eran las horas donde mi abuela nos sentaba alrededor de ella a contarnos sus historias y mitos de la génesis de nuestra comunidad: esa conexión que tienen los habitantes indígenas con la naturaleza y todo lo que en ella convive. Mi abuela y cada uno de los ancianos de la comunidad vinieron a ser esa biblioteca mística que me abrió sus puertas para adentrarme en su mundo de narraciones orales, donde, por muchos años de mi niñez, viajé y recorrí la inocencia de conocer esos mundos y personajes que ellos me iban relatando en cada recorrido y actividad de la vida diaria. En cada oficio como recoger el cultivo, lavar la ropa en el caño, pilar el arroz, hacer el casabe y dar comida a los periquitos y las tortugas, siempre me acompañaba una historia porque, para los habitantes de mi comunidad, la relación de naturaleza y el hacer del ser humano tienen una vital importancia, que es el respeto y el amor por cada ser que allí habita. Toda la oralidad tiene una relación con la vida cotidiana, en muchas ocasiones mística y en otras jerárquicas, porque se organiza la vida en comunidad a través de lo que los

tatarabuelos de generación en generación les fueron transmitiendo. Es así como encontramos mitos de orden político, donde los dioses organizan la vida terrenal; canciones que te enseñan los periodos lunares en que se debe sembrar o recoger los alimentos; historias de espantos y ánimas que aún cuidan los ríos y los caminos en los que se va a cazar o pescar; canciones que se repiten al pilar el arroz y hacer el casabe para hacer de la jornada un aprendizaje continuo. Todo se relaciona con historias y narraciones que mantienen latentes para poder entender el origen del porqué de las cosas. Entendí y atesoré esa preocupación de mi abuela, la importancia de recopilar todas sus historias, para que fueran transmitidas a todos sus nietos cuando ya ella no estuviera físicamente. Aunque mi abuela nunca aprendió a leer, poseía una sabiduría genuina y maravillosa de organizar cualquier actividad diaria en nuestra comunidad. Por ello, cuando empecé a estudiar en el bachillerato, me determiné a estudiar literatura y aprender de mis profesores amantes de las letras, proyectando siempre que algún día iba a pasar a un manuscrito todo lo que los habitantes de mi comunidad me relataban.

Cuéntenos sus rutinas para escribir.

En mi adolescencia me sucedía que observaba algún episodio o circunstancia del día a día y me motivaba a escribir. Siempre cargaba una libreta u hojas sueltas para ir registrando todo. Y en las visitas a la comunidad, era inicialmente un cuaderno y un lápiz, pero mi abuela hablaba muy rápido mientras hacía sus oficios. Yo quedaba siempre inconforme con lo que escribía, cuestión por la cual me hice de una grabadora con cassette para ir tras de ella por los caminos de esa extensa sabana, registrando sus historias. Ya en mi vida más adulta conservo esa idea de libretas, pero, con la llegada de los artefactos electrónicos, uso mi celular o capturo fotografías que voy guardando en mi computadora; y, en un lugar tranquilo de mi hogar, sobre todo en mi escritorio, con música que contenga sonidos de la naturaleza y, en lo posible, sin ruidos de la urbe, voy releendo, reescribiendo y depurando para escribir un posible poema.

¿Qué personajes aparecen en su escritura? ¿Hay en ella elementos autobiográficos?

Ha sido una constante en mi escritura escribir por y para los habitantes de mi comunidad y, sobre todo, siempre evoco a las mujeres, a las abuelas que observaba recoger el onoto, el maíz, la caña de azúcar; a las tías curanderas, que rezaban el mal de ojo y quitaban un dolor de muela; a las primas, que sobaban la barriga con yerbas para eliminar los parásitos; a mis hermanas, que me acompañaban en largas caminatas a buscar las pepas de moriche, para hacer la masa de arepas del desayuno; a las niñas, mis niñas que juegan con el barro del caño y se untan en todo el cuerpecito para después zambullirse en sus aguas cristalinas. En esencia es mi

vivencia, que está guardada en mi memoria y que me es difícil no evocar cuando realizo un trazo en la escritura. Siempre me gustó indagar y leer obras que hablaran de los pueblos aborígenes y sus modos de vivir y estar en el mundo. Pero, en general, toda la poética está dedicada a mi comunidad indígena y todos los que en ella conviven.

Para usted, ¿qué es lo más complejo y lo más placentero de escribir? ¿Cuál es su obra que más ha disfrutado?

Definitivamente, lo más difícil es encontrar mi voz indígena, aprender a escribir desde la oralidad de mis ancestros; primero, porque mi abuela poseía su lengua materna, y ya de por sí, en esencia, para mí, eso ya era poesía: no necesitaba de ningún otro elemento para yo etiquetarla en un género. Pero mi necesidad en desear transmitir lo que me narraba me impulsó a llevar a escribirlo desde mi ingenuidad y poco conocimiento de su lengua materna, porque por mala fortuna no existía el interés de querer conservar sus narraciones escritas; no era para ella tema de gran importancia. Es así como comienzo, en mi época de chica universitaria, a rodearme de profesores, escritores, amigos amantes del mundo de la lectura y el libro, y es cuando se me empieza abrir un gran abanico de experiencias literarias, que en ocasiones disfrutaba; en otras, sufría porque nuestra literatura indígena es y sigue siendo poco estudiada, poco editada. Es cierto que se han realizado grandes aportes significativos, pero todo este acervo cultural no se ha registrado con dedicación y valor cultural. Casi toda mi carrera universitaria la transitó leyendo y aprendiendo sobre escritores del *boom*, pero de las narrativas indígenas conseguía unos precarios aportes desde la perspectiva de historiadores. Sin embargo, para mí fue un reto y lo fui gestionando poco a poco, participando en talleres, concursos, enviando publicaciones a periódicos locales de mi ciudad en San Cristóbal, igualmente publicaciones digitales, invitaciones y recomendaciones de amigos y alianzas en varios países: Colombia, México, España, Estados Unidos, entre otros, haciéndome promotora cultural y mostrando mi trabajo en cada tertulia y actividad que me permitiera llevar la voz de mi comunidad a más personas. Sin duda alguna, mi primera obra ha sido *Wanai*. Gracias a mis hermanos y amigos de Venezuela que ahora radican en Colombia, El Taller Blanco Ediciones me concedió la gran oportunidad de publicar después de tantos años de espera, ya que publicar en nuestro país, desde hace algunos años, es una tarea titánica y de autogestión. En Colombia se realizó la presentación de mi libro y fue uno de los momentos más emotivos y felices de mi vida. Acompañada de mi gran hermana y escritora Amaru Vanegas, presento mi obra poética en el XXXVIII Encuentro de Mujeres Poetas de Colombia. Aún lo recuerdo con lágrimas en los ojos, porque fue en el Museo del Rayo en Roldanillo, donde le mostré y leí a los presentes y escritoras del mundo la poética de mis orígenes. Ver *Wanai* en las manos de mi padre y los niños de la comunidad es,

en cierta forma, la materialización del sueño de abuela, sus palabras sobre no olvidar de dónde venimos y la importancia de cuidar y preservar nuestro medio ambiente, enseñanzas que he intentado recrear en lo que escribo y que me acompañan en este recorrido de mi vida como narradora.

¿Quiénes han sido sus maestros en la literatura?

En mi paso por la academia en la Universidad de Los Andes, Táchira, me rodeé de excelentes profesores e investigadores de las letras que me asignaban y recomendaban obras y escritores para leer y disfrutar. A ellas y ellos les debo mi eterno agradecimiento, porque forjaron en mí esas ganas de seguir trabajando para dar a conocer mis orígenes. Intentaba siempre seleccionar los módulos donde pudiera revisar a profundidad el corpus y los aportes a la narrativa indígena de mi país. Escritores e investigadores me han motivado para seguir inspirándome y enriqueciendo mi escritura. Por nombrar solo algunos: Andrés Eloy Blanco, Rómulo Gallegos, Andrés Bello, Miguel Ángel Isayu, Hanni Ossott, Ana Enriqueta Terán, Gustavo Pereira, Alberto Rodríguez Carucci, Lyda Franco Farías, Rafael Cadenas, Rufino Blanco Fombona, entre otros. Igualmente, latinoamericanos: Eduardo Galeano, Gabriel García Márquez, Gabriela Mistral, Ernesto Cardenal, Ernesto Sábato, José Watanabe, Violeta Parra, Julio Cortázar. Todos en esencia han hablado del sentir y ser de los pueblos y la cultura. Sin embargo, para mí, sin duda alguna, la mayor inspiración han sido las narraciones orales y escritas que han documentado artesanalmente las más de cuarenta y dos poblaciones indígenas del país. Leer su poesía, sus mitos, sus leyendas me han servido para fortalecer mi escritura. Y, sin dudarlo, mi abuela y todas las mujeres wanai siempre serán mis grandes maestras, las chamanas, que, con sencilla y valiosa entrega, me motivaron para continuar escribiendo sobre el sentir de la vida y la naturaleza.

¿Considera más importante la inspiración emocional o el manejo intelectual de la obra? ¿Qué importa más en la escritura: el talento o el esfuerzo?

Todos los seres humanos podemos inspirarnos en cualquier situación y de allí crear, con el fin al que deseamos llegar: en la música, la pintura, la cocina, el deporte y en otros tantos oficios podemos encontrar momentos o personas que nos motivan a crear; pero en el caso de la oralidad debe existir un proceso cognitivo que te permita escribir, pensar y reflexionar de lo que escuchas. Y este método, en mi caso, lo fui adquiriendo desde el ejercicio de ensayo y error, aunado a la constante realización de talleres de escritura y lectura que te permitan armar una metodología de trabajo para poder seleccionar lo que deseas entregar a tus lectores. Mi constante búsqueda ha sido trabajar con la mayor autenticidad y brevedad de lo que los habitantes de mi comunidad me narran, con el fin de generar en ellos un

aprendizaje o satisfacción en lo leído. Deseo siempre que en la lectura se encuentren ellos reflejados y que recorran en esas palabras los caminos y sabanas de nuestro territorio.

Cuéntenos sobre el camino que ha recorrido hasta su primera obra publicada.

Desde muy niña me aventuré a participar en actividades culturales que me permitieran hablar de mi comunidad indígena. Aún recuerdo las lecturas en los actos de la escuela y el liceo, las participaciones en concursos de cuentos y bailes. Siempre han existido esas ganas de dar a conocer de dónde vengo y quién soy. Siendo promotora de la Fundación Púrpura Poesía en San Cristóbal, se me brindó la oportunidad de postular mis escritos en Taller Blanco Ediciones en Colombia. Allí revisan y aceptan mi trabajo, se suman un grupo de mujeres de gran trayectoria artística del ámbito literario y fungen como prologuistas, editoras, ilustradoras, para la materialización del libro. Sin embargo, una vez la obra está lista, debe presentarse y promocionarse en eventos literarios y, sobre todo, en el lugar donde nace tu idea. La Fundación Bordes Cultural, el Museo El Rayo, los habitantes de mi comunidad, particularmente, los niños, junto a los medios de comunicación y mis amigos periodistas Freddy Durán y Porfirio Parada se sumaron a esta convocatoria, que me ha regalado enormes alegrías, porque es entregar una creación que lleva consigo una historia de vida y modos de ser de un pueblo con un invaluable aporte cultural. A todos ellos les debo mi más sincero agradecimiento.

¿Qué género le gusta más?

Desde siempre ha sido la poesía el género que más me ha gustado porque es para mí, en esencia, la que me permite transmitir a través de la palabra todos los eventos que veo en la naturaleza y las personas de las comunidades indígenas. Puedo pasar mucho rato contemplando un paisaje, observando un animalito, percibiendo sonidos y sintiendo texturas, hechos que parecieran para otras personas algo muy común o cotidiano, pero que para mí se convierten en la transformación de un poema. Por supuesto, me he aventurado a escribir un cuento, un breve ensayo, hasta una crónica, pero no me generan ese placer o goce literario que consigo a la hora de escribir poesía.

¿Cuál es su última obra? ¿Qué encuentra el lector en ella?

Es una obra que recién finalicé este 2023 en la ciudad de Buenos Aires, donde ahora resido, y que se titula *Rastros*, un poemario dedicado a todas esas especies de la naturaleza que tuve la buena fortuna de conocer y convivir con ellas cuando tan solo era una niña en la comunidad. Es un canto onírico a la preservación y su cuidado, y también es una denuncia y llamado de atención a los habitantes de mi

país a luchar contra el genocidio que actualmente se sigue cometiendo a través de explotación del carbón, la bauxita, el coltán y todos estos minerales que sustraen de la selva del Amazonas, haciendo daños irreversibles a la naturaleza, los ríos y mis hermanos indígenas que en ella habitan.

¿Qué proyectos tiene actualmente?

La dinámica y modo de vida de las grandes ciudades te llevan a explorar otras actividades, que te llevan a hacer un receso en lo que te gusta y apasiona. Sin embargo, mi búsqueda será constante como lo hice en mi país, Venezuela: voy a seguir escribiendo, participando en talleres, concursando y dando a conocer mi cultura y la importancia que tiene como legado, y la importancia de nuestra identidad. Me siento muy agradecida y orgullosa de pertenecer a una comunidad indígena, y eso siempre lo voy a resaltar en los espacios geográficos donde me encuentre. Y parafraseando a la maravillosa escritora española María Zambrano, la poesía es todo en cuanto a la realización esencial, la forma más pura de la esencia humana del hombre. Si nuestra poesía remueve las entrañas, nuestro paso por el mundo de la escritura no estará perdido.

Custodio

Un guayare era su casa.
En él cargaba sus recuerdos: una cajita de madera,
y dos totumas del color de barro.
En las cuerdas llevaba amarrados dos dejecitos con caraña,
uno para los enfermos y otro para los espíritus en pena.
Tenía en sus alpargatas unos huequitos,
donde bebían agua los bachacos.
Mostraba sus manos agrietadas,
donde picoteaban los periquitos el seje tostado de la tía.
Por la sabana espigada —piedra de los difuntos, la llamaba—,
con su casa en las manos,
iba dando tumbos su alma consternada.

Kellys García